

milia. Asonada de los mediocres, fácilmente sofocable con la sola estatura del envidiado.

Pero sospechamos algo más en esta obra. Una ironía, también, hacia nosotros. Creemos que Proteo, por su naturaleza misma, es lo mutable. Y este Proteo de aquí, fiel a su patria, a sus afectos, a su hogar, fiel a sí mismo aunque cambie de máscaras, nos plantea el problema, la paradoja, de que él no haya sido nunca el tornadizo, sino nuestro modo de mirarlo. Díez-Canedo, el autor del prólogo, acaso el último que escribiera, teme que aun la esposa misma haga mal en confiar demasiado en la estabilidad del héroe. Teme que sólo el Buscador de Nubes sepa quién es en verdad. Nosotros, por el contrario, tememos que Monterde ironice. Que sienta la extraña doctrina, plenamente probable por lo demás, de que lo próteico de Proteo sea creación de quienes lo miran: parricida, derrochador de los bienes de la mujer, adulterino. O hijo leal, aumentador de caudales, monógamo. Fatalidad que como dice Díez-Canedo, sufrimos todos, porque dependemos, no de nuestros propios actos, sino de la interpretación que de ellos se antoja imponer a los demás. De modo que en último análisis, la diafanidad de esta obra, solapando un enigma inquietante, es como la del agua, que aún sigue siendo un misterio para la ciencia.

En esta sutil trama, Monterde engarza frases inolvidables. He aquí, por ejemplo, una que Wilde hubiera envidiado: "En sus ojos habrá profundidades de ausencia, y en sus labios, el sabor de la fruta de otros climas". Y esta réplica amarga de Proteo: "Los viajeros no recogen la belleza, sino el dolor de los países que han recorrido". Los romeros saben cuán honda y lacerante filosofía hay en una frase tan breve. Vale un libro.

S. DOMÍNGUEZ ASSIAYN

JOSEFINA LERENA ACEVEDO DE BLIXEN, *Reyles*.—Montevideo, Ediciones del Ministerio de Instrucción Pública, Biblioteca de Cultura Uruguaya, 1943. 176 pp.

He aquí —finalmente— el gran libro que Reyles merece, una obra que agota bellamente el tema. Obra riquísima, reveladora de un conocimiento cabal de la figura estudiada. En verdad aquí está "todo Reyles": el niño, el adolescente, el artista, el hombre, el millonario, el pensador. Lo encontramos en la vida de la estancia, a pleno sol, o en el París

de medianoche, mecido por los vales. Lo vemos en el ahondamiento de la psicología sevillana, lo encontramos en Buenos Aires, oímos sus ideas literarias, filosóficas y estéticas, nos asomamos un poco a sus aventuras sentimentales, y ¡cuántos aspectos más nos regala este libro generoso, movido, completo! No debemos olvidar los capítulos destinados a valorar la obra literaria de Reyles, y que confrontan las opiniones de la autora con las que han venido emitiendo autorizados críticos. El retorno de Reyles a su patria, en 1929, provoca un extenso capítulo y señala los altibajos de su actuación en esa época, como el "paso en falso" de su obra teatral *El burrito enterrado*. Pero no es propiamente en la faz que podríamos llamar anecdótica donde reside el mayor mérito de este libro de la culta escritora uruguaya: ese mérito lo hallamos en la sutil penetración y valoración de la psicología de Reyles, como artista y como hombre. Para realizar una a manera de biografía novelada de un escritor son grandes fuerzas el tiempo, el conocimiento, la paciencia investigadora, la acumulación de documentos y relatos. Pero para una biografía espiritual se requieren más finos y agudos colaboradores, que sólo pueden darnos la propia hondura valorativa de quien la realiza, su penetración en los matices un tanto recónditos de la figura elegida. La autora de este libro ha triunfado bellamente al aceptar tan ardua misión.

\*

\* \*

ALEJANDRO C. ARIAS, *El junco pensante*.—Montevideo, Editorial Claudio García & Cía., 1944. 96 pp.

"El hombre es un junco, el más débil de la Naturaleza; pero es un junco pensante." La hermosa frase de Pascal ha venido a nuestra memoria frente a este libro de uno de los escritores jóvenes uruguayos de más densa cultura literaria y filosófica. Luego de publicar varios libros —en los que podían valorarse sus naturales dotes para la investigación y la exposición del pensamiento de grandes figuras (Descartes, Kant, Rodó, Huxley, etc.)— Alejandro Arias, que es también un fino y hondo poeta, estudia ahora en *El junco pensante* el problema de lo individual en la filosofía de Leibnitz, el esteticismo de Nietzsche, Kant en su "crítica de la razón práctica", terminando la obra con un breve y muy erudito estudio acerca de Aristóteles ("esencia y existencia") y de Heidegger, en cuya "obra inconclusa" reconoce Arias, en la conjunción de "ser y tiempo", la síntesis de la metafísica existencial.